





YO QUIERO ESTUDIAR



Alfonso Toribio

# YO QUIERO ESTUDIAR



Primera edición: marzo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alfonso Toribio

ISBN: 978-84-10253-10-0

ISBN digital: 978-84-10253-11-7

Depósito legal: M-7685-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Novela dedicada a F. T. S.,  
mi querida y añorada madre.*





## PRÓLOGO

Dice la novela, ya muy avanzada: «... al final lo que cuenta en esta novela es única y exclusivamente la consecución de un sueño». Sin embargo, he pensado que convendría aclararle al lector, y quizá también a alguien más especializado en cuestiones narrativas, que no hay ningún desequilibrio narrativo al no hablar mucho de la vida del protagonista una vez que este concluye su carrera. La meta era esa, la consecución de un sueño, en este caso el de estudiar y licenciarse. El modelo estructural de la novela es el *Lazarillo de Tormes*, así, Lázaro llega a su meta como pregonero, y Miguel, el protagonista de esta novela, llega a su meta como un licenciado que narra en primera persona también de forma autobiográfica.

El protagonista, Miguel López, pasa por diferentes estadios o periplos, unos más complejos que otros, y unos más largos y otros más cortos, como ocurre en nuestra joya de la picaresca. Además, esas diferentes fases en la vida de Miguel, como en el *Lazarillo*, recorren su niñez, su adolescencia, y en su madurez, llega a la meta.

Por otra parte, la novela se empezó a escribir en 2007 y allá por 2009 estaba más o menos concluida. Luego permaneció alrededor de diez años en un cajón, hasta que un día de finales de 2019, aproximadamente, se desempolvó, se mandó a dos correctores profesionales y el autor retocó, cortó o amplió algunos contenidos, muy poquitos, la verdad. Esta lectura que mecerán vuestros ojos es el resultado final.

ALFONSO TORIBIO



«... porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto».

LAZARILLO



## LA PALABRA ETERNA

No quiero que la voz de tu gesto  
se rompa, olvidada por el camino,  
pues ya buscará mi pluma su trino,  
mirlo que a mi musa venga presto.

Sabes, como nadie, lo que detesto  
lo feo, y cómo amo el sagaz tino  
con que dejabas, como hilo fino,  
entrañable racimo en mi cesto.

Ya que es la muerte quien lo quiso  
garrote vil le doy desde mi verso  
grabando tu gracia en inmortal friso.

Siempre así, reinando la palabra,  
tu voz, flor devendrá, eterno cielo  
que escape del frío mármol que se labra.

Solo la cultura hace verdaderamente  
libre al hombre. Los que no fueron tocados  
por las imágenes de su cupida flecha  
no conocen su himno gigante,  
ni la flor que atesora la luz del amanecer.



# CAPÍTULO I

## LA VOZ

Yo de pequeño nunca supe ni me planteé lo que quería ser de mayor. Ahora sé que, como Peter Pan, si hubiera sido posible el cumplimiento de un deseo imposible, habría querido no dejar de ser niño y vivir siempre en los veranos de mi alameda de El Caño y su arroyuelo, haciendo presas en él y oyendo el cántico precioso de los pájaros mientras me siento bendecido, a través de las ramas del verde vivo de las hojas de los negrillos, por el oro de los rayos del sol. Entonces no conocía yo el modernismo ni el mundo sinestésico de sus versos apreciados, porque ese movimiento literario me era ajeno, ancho... Muy amplio, ignoto y lejano me era su territorio, pues ese universo colorido que cantaba Rubén como nadie, plagado de símbolos, aún no había anidado en mí.

¡Cómo entraban  
por entre las ramas de los negrillos  
y se posaron en mis ojos de niño,  
para siempre, aquellos oros de Febo en verano!

«¿Qué quieres ser de mayor?».

La verdad es que, cuando yo era un crío, te lo preguntaban los mayores desde la hermosa cultura de su sabio y profundo repositorio oral. Sin embargo, no había mucho donde escoger en aquella

España de leche en polvo en las escuelas, de planes de desarrollo... y de hambre y miseria por doquier. Si bien el año en que naciera yo empezaba a declinar bastante la llamada autarquía, y declinaba por obra y gracia de un tal Dwight David Eisenhower; porque él, ese yanqui, ancho y ajeno a mi arca y a mi mundo de fantasía, quería apuntar desde la España nacional traidora, apostólica y romana, al bolchevique, imagen del diablo. Ideales muertos hay, hermano Sancho, y acuden a mi patria acongojados lirios de flor roja y negra... Y escoja la libertad cercenada en aquella patria de palabra de túnel. Cuando luego, ya de mayor, comprendí lo que hizo aquel americano dándole aire a un apestado y a su séquito con mentalidad de siglo XIX, dejé de creer en la política y pensé que los ideales democráticos algunas veces tienen algo de fascismo en las venas, donde lo que menos importa es, precisamente, la libertad.

Pienso que la libertad es un grito sagrado como el mío, que es el de todos; grito de una ya lejana y plácida noche primaveral en un pueblecito zamorano: «¡Yo quiero estudiar!».

Solo la cultura hace verdaderamente libre al hombre y consigue que la sintaxis sea infinita con finitas proporciones. Nadie me predispuso para ella, la amada, la perseguida en noches de rocío por altos y majadas, sino que tuve que remar contra la adversa fortuna para escribir versos en ateridas noches. El verso es la sola esencia del alma que depura la insensatez y admite únicamente belleza como canon:

## ORIGEN

Nosotros, los hombres, nos ceñimos la luz  
del amanecer, no para cantar su música  
y, con ella, hacernos merecedores de un milagro en la noche  
o de una orilla de mar donde tender nuestros cuerpos completos  
junto al sublime temblor de las reclamadoras olas misteriosas,  
no, hombre inerte, no, pobre criatura desprendida de un dios  
que dudó,



tú eres oscuridad deseosa de una verdad iluminadora  
que te dé una respuesta intuida mar adentro,  
cuando apenas eras una escama en el borde del sueño.

Hermano de las criaturas del mar que veneras,  
aún nadas en las profundidades de tu origen remoto  
y sientes la primigenia ráfaga del dios imperfecto  
que te creó,  
porque eres consciente de la luz que se derrama  
desde la intangible cola del cometa que te guía  
y que presientes, no para cantar su música perfecta,  
esa que te descubre al amanecer el palimpsesto que eres  
cuando miras las cosas y los contornos de las sombras,  
en realidad, por eso solo vislumbras un fognazo  
de destello divino, imposible de atrapar.

Ahora que soy adulto y mayor..., más de lo que quisiera, puedo jurar, con mi mano puesta sobre el sagrado Quijote al que casi todos amamos, sin pecar y sin miedo a ser considerado un hereje, que entonces yo ya sabía que aquellas profesiones que podían ser prestigiosas, como la de médico, abogado, farmacéutico o ingeniero, estaban destinadas a los hijos de los ricos o de los ricachones, que eran los únicos que podían costeárselas y para los que estaban empaquetadas como manufacturas exclusivamente suyas. A los pobres, y solo a los más inteligentes entre ellos, les quedaba la oportunidad del seminario. Ocurría que unos religiosos cazatalentos asomaban el hocico y olfateaban en las escuelas públicas la posible existencia de superdotados, quienes, en un principio, eran llevados a los internados seminaristas para dedicarse a Dios y consagrarse como ministros suyos. Algunos de estos afortunados se desligaban de un futuro de hábitos y confesionarios y lograban acceder a la universidad situándose del lado de las faldas, aunque también, ya ministros del Señor, muchos de ellos se saltaban a la torera el celibato y profesaban igualmente faldamentos mundanos; y, más aún,

acariciaban los sinuosos contornos interiores de las damas que los portaban. De ahí que una gran cantidad de sacerdotes tuvieran hijos, los cuales eran conocidos como sobrinos y sobrinas en los distintos lugares donde ejercían sus dos vocaciones a la vez: la de dedicados a lo divino y la otra, más palpable, por lo que tenía de carnal y universal.

De todas formas, raro era quien, viniendo de estado bajo y llano, consiguiera dejar su condición de espíritu culturalmente pobre y acceder a la riqueza que dan y poseen los libros, para superar así el estatus de la corneta cornuda de Lázaro. Claro que había también, entre los miembros de la estirpe pudiente, un ejército de segundones, formado por vástagos de inteligencia mostrenca o no capacitada para estudiar, a los que siempre les quedaba el recurso de una colocación en el despacho adjunto al de papá. En último extremo siempre tendrían a mano el título universal de herederos de rico que, aunque no fuera concedido por una universidad, poseía predicamento en casi todos los lugares donde no apareciera la verdadera cultura, esa que hace que el hombre avance. Porque la cultura auténtica, la que cambia la sociedad, solo pertenece al hombre que ha estudiado con aprovechamiento el saber que le legaron otros estudiosos y, por derecho propio y poderío intrínseco, excluye a ese tipo de «brutotes» acaudalados.

Han sido los poetas quienes mejor han cantado el poder del poderoso caballero, don, din, don, don Dinero, porque hace mucho el dinero y, por eso, mucho se le ha de amar. Pues hace correr al cojo y al mudo lo hace hablar. Y también, aunque no sea del todo cierto, donde hay mucho dinero, hay mucha felicidad, dado que las penas con pan son menos penas, Josefa.

Otras salidas yo ya entonces las consideraba menores, como la de futbolista o la de torero. Más que como profesiones, las catalogaba como trabajillos, aunque alguna vez, lo confieso, desee ser igual que Gento —un inigualable galgo corredor de la banda izquierda— o que el Cordobés —una especie de torero genial, saltimbanquí y afamado—. Del Cordobés, lo que más me llamaba la

atención de niño era que decían que era poseedor de una avioneta, llamada, cómo no, «la avioneta del Cordobés». Desde muy niño hice una distinción meridiana, pero *suigeneris*, entre profesión y trabajillo, si bien nunca me gustaron sendos significantes y, mucho menos, sus significados. Eso de profesión o trabajillo me sonó siempre, y aún hoy me suena, a venderse por dinero como lo hace una prostituta; me suena a someterse al yugo de alguien para dejar de ser uno mismo. Le oí decir algunas veces a mi madre un refrán muy peculiar: «Cuando uno alquila el culo, no caga cuando quiere». No creo que venga del todo al caso este refrán aquí, pero tampoco creo que desentone si lo escrutan personas inteligentes y amantes de la libertad personal, ya que quien más, quien menos, todos y todas hemos alquilado nuestro culo en alguna ocasión y no hemos cagado cuando hemos querido.

No sé, pienso que, a estas alturas, yo hubiera sido una persona diferente y totalmente genial si hubiese nacido en un ambiente de libertad y no en la atmósfera de miseria, beatas, misas y rosarios con la que, cual molino romo y feo, siempre me topaba en mi peregrinación de niño a adulto.

Yo hoy solo soy genial a medias, melancólico y soñador; pero, en libertad y con igualdad de oportunidades, no me habría hecho falta ser hijo de rico para haber logrado la genialidad total. Es decir, hubiese alcanzado un grado de estar a gusto conmigo mismo y con la naturaleza muy alto, porque eso es la genialidad: ser creativo para uno mismo, porque los demás no son importantes para ello. Por eso no hablo de una genialidad que me tuvieran que reconocer los otros. A los demás que les den morcillas, porque muchas personas, si pueden, te hunden; casi seguro que por ignorancia, pero lo hacen. ¡Los demás! Yo esto no lo sabía entonces, pero mi subconsciente ya intuía algo; aunque me hubiera dado lo mismo, pues las desgracias personales en mi casa me manifestarían un sentido de la vida trágico, sin que hiciera falta que nadie de fuera me hundiera.

Poco a poco fui comprendiendo que había sido arrojado a la vida en un barrizal cultural e intelectual peor que los que había en

las calles en las que yo jugué de niño —cuando se iban secando y criaban costras allá por primeros de marzo—, dado que los barroes a los que yo me refiero no se secaban ni se secarán nunca. Aún hoy día perviven algunos de esos barroes horrorosos y bizcos como el brazo incorrupto de santa Teresa. Ahí está nuestra literatura de posguerra, sobre todo la de los años cincuenta, con el ademán claro para atestiguar lo que digo. «Hombre, garrula tolvenera», escribió Dámaso Alonso. También Blas de Otero y Gabriel Celaya pidieron la paz, la justicia y la palabra siempre en vano.

Yo lo que quería de verdad era estudiar, a secas. Pensaba que estudiando podría desentrañar el entramado de la existencia. Ya sé que eso son palabras mayores, puesto que resulta ser a la postre el gran enigma por resolver del hombre; enigma que como los griegos nadie ha esclarecido. El insigne movimiento romántico pretendió tomar un atajo, pero chocó con su propio muro y casi ningún romántico fue más allá de los cuarenta años. Se les agotó, en el inmenso esfuerzo que hicieron, el alma y el cuerpo demasiado pronto; aunque, a partir de ellos y de su esencia indomable, ni la literatura ni la vida volvieron a ser lo mismo.

Puede llegar a descubrirse casi todo, pero nadie hallará la medicina que cure el dolor del alma, la composición primigenia e inmaterial que le dé sentido unívoco a la existencia. En un futuro, el sida o el alzhéimer pasarán a ser recuerdos, como lo fue el cólico miserere en su tiempo, pero nadie podrá nunca explicitar la fuerza intangible que da vida al sol de la infancia y de la vejez. «De llegar a algún puerto —pensaba yo—, solo se puede conseguir estudiando en la capital, como Dios manda». Ese querer estudiar llevaba asociada una dimensión indefinida y misteriosa que aún hoy día permanece en mí, como tan de verdad lo hace también en todo el mundo el espíritu de la verdadera mano incorrupta del manco más genial de todos los tiempos o el lenguaje inimitable de Shakespeare. No solo de pan vive el hombre; es más, el hombre verdadero vive por y para el espíritu, con lo que le queda el pan como algo necesario, pero más secundario. Todos sabemos que don Quijo-

te, en sus buenos tiempos de caballero andante, era más idea que estómago; por eso, cuando le faltó el pan de la idea que alimentaba su alma, se dejó morir, y Sancho, el escudero del mundo, que comenzaba a entender qué era lo que sustenta verdaderamente al hombre, no fue capaz de convencer a su señor para irse los dos a ser pastores a la Arcadia.

Yo quería estudiar, y así se lo hice notar a mi madre después de irnos a la cama a eso de las once de la noche un día de abril de hace muchos años. Yo me había matado a correr y a jugar aquella tarde noche de abril. Mi padre, después de cenar en familia, se iba al bar de la tía Dora, La Averigua, o al de su prima Eufrasia, todas las noches del año a jugar la partida, y regresaba tarde. Yo tendría nueve años entonces, diez a lo sumo, cuando, de repente, me vino la idea a la cabeza. Retirándome sábana y mantas, y poniéndome de rodillas sobre la cama de un salto brusco, grité:

—¡Madre!

—¿Qué pasa? —me contestó ella desde su habitación.

—¡Yo quiero estudiar!

—Naturalmente, hijo mío, estudiarás, pero ahora duérmete, que mañana tienes que ir a la escuela.

Tengo que decirles que esta novela, entre otras cosas, va desvelándose porque anoche, cuarenta años después, yo me desperté de golpe. Debía de estar soñando con algo trágico que mi cerebro no soportaba y por eso tomó la sabia decisión de escapar del infierno que son las pesadillas y de regresar al mundo real, el que, a pesar de que en él se viva mal, resulta ser el paraíso ante una pesadilla. Yo ahora casi siempre tengo pesadillas, aunque esté despierto. Pero lo curioso fue que acabé de rodillas sobre la cama igual que aquella noche lejana y sentí tan vívido aquel «¡yo quiero estudiar!» que decidí, atropellado por una mole de ideas que asaltaban mi mente en forma de rompecabezas, empezar una novela y unir algunas piezas sueltas de mi vida en un escogido y perfecto puzzle. La idea me fascinaba: empezar y terminar una novela. Yo ya había estu-

diado. Estaba licenciado en Filología Románica por la, en otros tiempos, renombrada Universidad de Salamanca. Ya tenía adquiridas las herramientas necesarias para escribirla y me consideraba diestro con la pluma. Lo que me hacía falta eran las especias, o sea, ideas exóticas y orientales a las que dar forma y vida sobre el papel, cual romántico que huye de una realidad dolorosa y espeluznante y busca descubrir América a sabiendas. Respecto a estas, las ideas, solo tenía que tirar unas al sol si estaban húmedas y otras mojarlas si notaba que podían cuartearse por la sequedad, ya que me notaba eufórico, capaz y capacitado. De todos modos, uno es escritor no porque tenga esta o aquella formación académica, sino porque sabe cincelar o pintar las ideas, porque conoce cómo dar forma y contenido a las palabras sobre un papel en blanco. Como diría el Estagirita: «Uno es escritor porque arriba a moldear y a embellecer las imágenes del alma que son las palabras».

El escritor es un dios, pues crea de la nada. Seguro que hay gente mucho más inteligente que García Márquez, con ideas precisas y perfectas para escribir una novela; gente que, sin embargo, no es capaz de componer una escena en toda su vida como la de aquella tarde de domingo en la que José Arcadio, el fundador de Macondo, llevó a sus hijos a conocer el hielo que había traído al lugar Melquiades. Uno de los dos infantes, que tomó la carrera militar y que llegaría a ostentar el grado de coronel, habría de recordar, frente al pelotón de fusilamiento, la tarde mágica en que su padre lo llevó a conocer, e incluso a tocar, el hielo.

Todos tenemos momentos en nuestra vida en los que alguien nos ha llevado a conocer el hielo, a descubrir algo maravilloso que pervivirá entre nuestros recuerdos más entrañables para siempre. Yo recuerdo muchos momentos mágicos y fascinantes junto a mi padre antes de que enfermara de forma irreversible; aunque, cuando estoy frente a uno de esos otros pelotones de fusilamiento a los que te enfrenta la vida, nunca me acuerdo de ningún momento mágico junto a él ni junto a nadie. Cuando esto pasa, el cerebro se me emborriona de tal modo que es como si no viviera en este mun-

do, o percibiera un mundo irreal, del que, diga lo que diga o piense lo que piense, no pudiese desligarme, aun siendo consciente de su extraña y feroz presencia. Entonces soy incapaz de razonar, cuanto más de acordarme de algo placentero, como me supongo fue para el coronel Aureliano Buendía aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Cabe pensar que los militares no ven la muerte como el resto de los mortales, sino como un deber, hasta el punto de que morir por la patria es tan normal para ellos que les permite pensar, con todo el desparpajo del mundo, en cosas tan livianas como una escena feliz vivida de niños.

Hay algo que fascina de aquella tarde en la que Melquiades llevó el hielo por primera vez a Macondo, hay algo indescifrable, pero tan placentero y misterioso como la vez primera que ves a una mujer desnuda y sientes cómo se te hincha el pánroco. El pánroco aquí es el pene; ya os contaré por qué se llama así. El caso es que seguro que existe gente que tiene una gran novela en la cabeza, pero cuando se pone frente a la virginidad de un folio, se le «apegostra» la mente y lo que le parecía ágil y extraordinario le resulta algo pesado y vulgar. Yo mismo tengo comenzadas dos novelas más, una de ellas bastante avanzada, y puede, solo puede, que termine una de las dos; y, aunque le he dado inicio a esta con alguna vehemencia y mucha determinación, no estoy completamente seguro de que llegue a buen puerto y pueda cantar victoria como hiciera Lázaro, quien, tras muchas vicisitudes, al final consiguió un estatus social como alguacil, estatus que no se había imaginado ni en sueños que conseguiría. Lázaro llegó a la meta, cornudo, pero llegó, en aquella España imperial e hipócrita de jardín delantero, atusadito y bonito, y patio trasero, donde vivía la mayoría, cargadito de caballos éticos y de privadas. Yo no sé si llegaré a la meta con esta novela. Ahora me encuentro en el ruedo, frente al toro pétreo, y mi pluma, que hace las veces de ciego, todavía no me ha dado la primera lección en mi peregrinar de amo en amo haciéndome estallar la cabeza contra dicho astado de piedra. Si leéis esto, y lo digo tomando un parangón cinematográfico, es que he terminado la novela y se

encuentra mecida por vuestros ojos escrutadores; es que está viva y goza de buena salud. Aunque también es verdad que, cuando el autor termina una novela, ya no le pertenece; es un mundo aparte que ya vive fuera de él, en los infinitos espacios de la imaginación de los lectores o en las catacumbas desoladas de un baúl de desván. El autor, cuando termina una novela, se desliga del mundo que creó, o más bien desaparece de él, que es como estar muerto. El autor solo es autor en el momento de escribir. Luego, son el narrador y sus personajes los que tienen vida propia. Yo, misma-mente, no soy el autor, no os confundáis; soy un personaje más y desconozco su verdadera identidad, aunque pretenda identificar-me con él. Ni siquiera sé qué estará haciendo ahora, no puedo ni imaginármelo; a lo mejor está escribiendo un poema o comiendo una liebre en la bodega con su entrañable amigo Howard, o quizá esté diciéndole a los alumnos que si no estudian lo que no tienen es porvenir, mientras que yo, que no soy de carne y hueso como él y ni siquiera soy la mitad de listo, narro una historia que tú, lector, solo podrás inferir correctamente desde el filo de una sensibilidad especializada en cazar sueños.

Aunque yo ya tenía en la mente desde niño la idea de contar historias, el empujón definitivo para hacerlo me lo dio *Cien años de soledad*, y antes, mucho antes, la llamada Esquina, en mi pueblo. Solo he disfrutado más que leyendo *Cien años de soledad* yaciendo con fемbras hermosas cuando joven, pero no con todas ni en todas las ocasiones, puesto que siempre recuerdo la lectura del libro de Márquez como un orgasmo de terciopelo total, como un nuevo *big bang* primigenio que me hizo ver el mundo de un modo diferente. La lectura de aquel libro me abocó a tomar una perspectiva del mundo recién pintado, mientras que, con algunas mujeres, si ahora pudiera elegir, nunca me hubiera acostado, ni siquiera les hubiera dirigido la palabra. Pero reconozco que la sangre es febril cuando eres joven e imaginas un cuerpo femenino con posibilidades de que se te pueda entregar. No es que yo haya sido un donjuán, solo recibí las flechas que me asignó Cupido y amé cuanto ellas pudieran



haber tenido de hospitalarias. No fueron muchas, es cierto, pero al menos tres fueron de calidad suprema, como el buen turrón.

A veces, en mi juventud, llegué a ver a todas las mujeres como flechas que me asignaba Cupido a mí, en exclusiva. Todas estaban buenas, pero esto solo me ocurrió en contadas ocasiones, las cuales coincidían siempre con el hecho, no casual, de haberme fumado un porro. Tuve que dejar de fumar porros, no porque me hicieran pensar que todas las mujeres estaban buenas y me deseaban (además, ya he dicho que eso solo me ocurrió en contadas ocasiones), sino porque había comenzado a escrutar una belleza irreal, pasajera e inútil en todo, y eso me causaba un desasosiego, paradójicamente, doloroso y profundo. Dejé de fumar porros y decidí que tampoco estaba mal la escasa belleza que me ofrecía la realidad pura y dura; solo había que darle a esta un toque aquí o allá e interpretarla en símbolos. Y yo, que entonces era muy joven, y además tenía imaginación, no necesitaba para eso los espejismos que creaban los porros si podía soñar despierto sin ellos y crearme un oasis veraz.

Un día, en el comedor del cuartel donde hacía la mili, se me apareció la Virgen. Pepe, Santos y yo nos habíamos fumado unos canutos. Siempre salíamos a comer algo por Mérida a la hora del paseo; habitualmente una riquísima tortilla de patatas regada con tomate frito natural y, además, acompañada de lomo de cerdo. Sin embargo, aquella tarde nos fuimos a la terraza de la lavandería y, fumando porro tras porro, cuando nos quisimos dar cuenta, el tiempo había volado y se aproximaba la hora de cenar en el comedor del cuartel. Yo dije que no iba, pero Pepe me animó:

—Ven con nosotros a cenar, bobo, así te podrás reír del brigada Anselmo, que estará ebrio como siempre y de servicio en el comedor.

La idea de reírme del beodo brigada chusquero, Anselmo, me cautivó y convenció, así, en lugar de irme a la litera de la compañía, me fui a cenar. Pero sobre todo me sedujo esta idea porque le profesaba una inquina profunda y eterna desde que, el muy imbécil,

me mandó para el cuartel después de conseguir ligarme a una chica preciosa una tarde en las ferias y fiestas de Mérida. La chica y yo nos habíamos sentado en unos sillares de piedra, dándole la espalda al Guadiana, cuyo transcurrir ruidoso y agitado aún recuerdo, ya que luego fui y me senté durante algunos días en el mismo sitio con la esperanza de hallar a mi chica: lo único que encontré fue aquel murmullo de agua. Murmullo, si antes divino y alegre, ahora triste y cargado de desolación, dado que mi chica no regresó nunca más y solo escuché ese rugir libre del agua cristalina del río deslizándose entre grandes guijarros marrones, guijarros que parecían sacados de un cuento de pesadilla. A la chica se la había tragado la tierra, como le ocurre al propio Guadiana en algún lugar de su camino hacia la mar.

Aquella preciosa, imborrable y soleada tarde de septiembre, la chica y yo reíamos y decíamos bobadas típicas; pero, por mi parte, bobadas de conquista, que son las más efectivas para tantear antes de pasar a un estadio más serio como es el primer beso, alguna caricia o lo que se tercié. Ella reía sin cesar y yo era extremadamente feliz. Aún me persigue su espléndida y musical risa. El tiempo se había ido con la rapidez del rayo sin que me diera cuenta de que estaba viviendo en el paraíso. En un momento dado, casi al oscurecer, saqué el paquete de tabaco y le ofrecí un cigarro a Mari Luz. Entonces ya dejaba de ser raro que las chicas fumaran. Ella aceptó el ofrecimiento. Con mi cigarro ya encendido, descubrí de golpe, cerca de nosotros, sobre el suelo de cantos rodados de la calle, un pequeño cohete con varilla que bien no había explotado o bien se le había perdido a alguien. Le encendí la mecha, lo solté, y, en vez de dirigirse al cielo, que era donde yo estaba y a donde esperaba que fuese, salió zigzagueando unos metros por el suelo empedrado, diez o doce a lo sumo, con tan mala suerte de que fue a morir a los pies del brigada Anselmo, que se encontraba allí vestido de paisano como una aparición monstruosa e indeseable, pero real y fatídica. Me supongo que el militar chusquero había observado mi acto de guerra artillera. El brigada Anselmo, frunciendo

el ceño, pisaba el cohete apagado retorciendo la suela del zapato mientras me llamaba a voces con aquella, su ronca voz de fumador empedernido. Yo obedecí, lo saludé y me puse firme frente a su atormentada y alcohólica cara de perro. ¡Menos mal que no había llegado a explotar el cohete!

—Preséntese usted inmediatamente en el cuerpo de guardia del cuartel hasta que vaya yo de vuelta y le diga lo que le tenga que decir.

Posteriormente, haciendo ya segundo de BUP, yo había salido de mi piso de estudiantes de la calle Italia el 23 de febrero de 1981, a las siete menos cuarto de la tarde, e iba camino del instituto Fray Luis de León, como todos los días de clase. Por la calle todo me resultaba extraño, pues aquí o allá observaba que la gente se apostaba alrededor de los coches con radio. Yo no sabía que Tejero había tomado el Congreso y había dicho que se esperaba a alguien que dijera lo que tuviera que decir. En efecto, al día siguiente, una vez frustrada la intentona, oiría por televisión de boca de Tejero palabras muy semejantes a las que me dijo a mí Anselmo en plenas ferias y fiestas de Mérida: «Que vendrá alguien que les dirá lo que les tenga que decir».

No me dejó, el muy canalla del brigada, aunque se lo pedí amablemente, casi humillándome, despedirme de Mari Luz, quien observaba la escena atónita, con los ojos desencajados, pues el suboficial gritaba en plena calle como si esta fuera de él. Cosa que, en realidad, y lo creo sinceramente, era cierta: España todavía era un cuartel con iglesia, y eso que ya las agujas de los relojes giraban en torno al año 79. Gritaba desgañitado el ronco suboficial con su voz de ultratumba como si yo hubiera intentado poco menos que asesinarlo. A Mari Luz la había conocido aquella tarde; nunca más la volví a ver. Fue un noviazgo visto y no visto. Me fui al cuartel con una rabia inmensamente contenida por no agarrar del cuello al mamarracho del brigada Anselmo y ahogarlo allí mismo, en aquella otra calle de su propiedad.

Esperé a que llegara, y lo hizo borracho perdido, pero no desmemoriado. Otra vez a cuadrarme frente a su asquerosa y brumosa

cara. Aquella noche la pasé en el calabozo; la única vez que he estado en él. No fui capaz de pegar ojo, y en mi desvelo no hice otra cosa que pensar en Mari Luz y en su cuerpo lozano, allí tumbado sobre un colchón que olía a roña húmeda. Nunca le perdoné ni le perdonaré jamás al brigada que no me dejara ni siquiera despedirme de ella, de aquel encanto de chica que siempre recuerdo con un cariño especial, a pesar de haber sido novio suyo solo unas horas. Aquella chica siempre me recuerda los versos del inimitable Serrat:

No hay nada más bello  
que lo que nunca he tenido,  
ni nada más amado  
que lo que perdí.

Era el brigada Anselmo tan borrachuzo que una mañana, cuando estaba de guardia, no aparecía para el cambio de esta a la hora debida.

«¿Dónde estará el aguerrido brigada Anselmo?», se preguntaba todo el mundo. Pues resulta que se encontraba envuelto o empaquetado por él mismo en la sala de banderas y estandartes, durmiendo la mona entre todo ese trapío militar. Allí, ebrio perdido, en la oscuridad de la noche y trasteando sin control, había arremetido contra aquellos símbolos de tela pintada, quizá intentando asirse a algo. Algunas de aquellas banderas y de aquellos estandartes fueron a parar a la lavandería (en cuya terraza nos escaqueábamos siempre que podíamos hacerlo), pues amanecieron vomitados.

Se comentaba en el cuartel que, cuando nuestro amado capitán Malera localizó al brigada Anselmo envuelto entre banderas y vómitos fríos y, ante su orden de que se desenredara, se pusiera en pie y se cuadrara, este contestó lo que sigue:

—Mi capitán, estoy bien así. Y, además..., no puedo moverme.

Pero yo ahora estaba en aquel allí, viviendo una experiencia mística en un comedor militar alto y cutre, un poco amarillento (creo que de sucio). Mística experiencia porque me hallaba viendo

a la Virgen en la parte superior de una de sus esquinas. No se trataba de una Virgen cualquiera, era la Virgen del Sagrado Corazón de la iglesia de mi pueblo, que ahora estaba viva, tenía aura y se había retirado la mano del pecho para bendecir, no sé si a mí solo o a todos. Estaba hermosamente hermosa y encantadora, tal y como yo la vi tantas veces en la iglesia de mi pueblo, y su corazón, carnosos y rosados, palpitaba fuera del pecho suavemente. La Señora tenía vida, como la tenían sus ojos y sus labios. La Virgen María no movió sus vivos labios, aunque sí parpadeaban sus ojos con un pasmoso encanto. Estando yo en este trance, de alto estado espiritual, prácticamente levitando y sin vivir en mí, sentí una palmada en el hombro. Era el brigada Anselmo:

—Señor López, ¿usted no se sienta como todo el mundo? Se le va a enfriar la sopa. ¡Siéntese, coño! ¡Siéntese de una puñetera vez o le meto un puro!

Con una mirada rápida, oteé el comedor, aún absorto, y entrando de nuevo en el ámbito de la vida terrenal, volví a oír su monótono murmullo y vi cómo los otros soldados, ya sentados, comenzaban a tragar la «cerbatanesca» e insípida sopa de jamón.

—Perdone, mi brigada. A sus órdenes. —Y me senté yo también.

Caí en el asiento de golpe, avergonzado, pues las mesas de al lado me miraban y se sonreían. Resulta que yo había ido a reírme del brigada y eran los otros los que se estaban riendo de mí y por poco el propio Anselmo me empaqueta de nuevo. Lo que me pasó fue lo que dice el dicho popular, ya que fui a buscar lana y volví trasquilado. Me había salido el tiro por la culata, como aquella tarde de las ferias y fiestas de Mérida en la que tiré el cohete. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber prendido la mecha de aquel cohete insulso!

Los porros habían hecho que se me apareciera la Virgen, la misma Virgen a la que mi madre, una vez hecha la primera comunión, me había obligado a dedicar los cinco primeros viernes de mes comulgando. Creo recordar que el contrato con la Virgen era

de cinco viernes, como he dicho, el primero de cada mes inmediatamente después de la primera comunión.

Yo comenzaba entonces mi andadura como monaguillo y el cura nos confesaba los jueves por la tarde poco antes del rosario, para comulgar el primer viernes en la misa del día siguiente por la mañana. Yo no tenía una idea clara de lo que era pecado, así es que, como poseía una semana entera para pecar, me inventaba yo los pecados. Mi juego favorito consistía en darle un puntapié a un canto de la calle, no sin antes establecer la gravedad del pecado, que podía ser venial, mortal o incluso sacrilegio. Al darle un puntapié al canto, este tenía que recorrer una distancia determinada y traspasar un punto prefijado por la vista. De manera que, si el canto se quedaba muy lejos de dicho punto, era sacrilegio; si se quedaba a medias, pecado mortal; y, si no llegaba a traspasarlo, pero se quedaba cerca de hacerlo, era pecado venial. Yo me tomaba muy en serio aquello, por lo tanto, meterme trampas estaba descartado. Siempre conseguía mi objetivo de no pecar, pero en una rarísima ocasión cometí sacrilegio. ¿Cómo decirle a don Alfredo, el cura, que había cometido un sacrilegio? Solamente el pronunciar o escuchar la palabra sacrilegio me producía pánico. Después de darle muchas vueltas a la estrategia que debía usar en el confesionario, me decidí, aquel, que era el último jueves, a decirle al cura que había hecho algo feo. Al escuchar el cura lo de «algo feo», se debió de temer lo peor y enseguida comenzó su interrogatorio:

—¿Qué es eso tan feo que has hecho? Cuéntamelo para que el Señor pueda perdonártelo.

Yo permanecía callado y hermético como una piedra. El confesionario olía a don Alfredo y en particular a esas, sus límpidas manos; narcisistas y blanquecinas manos. Yo era capaz de distinguir a cien leguas el olor de las manos de don Alfredo. Aún hoy en día tengo incrustado en mi cerebro el olor de aquellas manos de niña que poseía el cura. Luego, me confirmaron los comunistas del piso de estudiantes de mi hermana Sofía, cuando yo ya estudiaba en la capital, como Dios manda, algo que yo ya sabía: que los curas,

desde el confesionario, eran auténticos espías del régimen franquista. En aquel instante de confesionario, yo no pensaba en nada; era como si por mi mente hubiera pasado una apisonadora y me la hubiera formateado. No me salía la estrategia y los nervios me comían. El cura rompió el silencio y entonces supe que quizá pululaba por ahí algo más terrible que el sacrilegio: los «actos impuros». Así los llamó don Alfredo la primera vez que yo supe que existían de verdad sin saber lo que eran:

—Dime, Miguelito, ¿has cometido actos impuros?

Debería haberle preguntado yo al cura que qué era eso de los actos impuros, para poder responderle con conocimiento de causa. Fueran lo que fueran, no eran nada bueno los actos impuros para presentárselos a san Pedro y que te dejara entrar en el cielo; si bien, en un momento dado, comprendí que su catalogación como pecado no llegaba al sacrilegio, puesto que el tono de voz del cura debería haberse alterado significativamente si así fuera. Eso me sosegó mucho. Estando en esto me vino una estrategia a la cabeza y decidí usarla:

—Lo feo, don Alfredo, es que ayer me pegué con Patricio, quien me tiró un canto lanchero y, si no me agacho, me vuela la cabeza —le mentí, pero me quedé a gusto.

—Bueno, hijo mío, la santísima Virgen te perdona todos tus pecados, y ese también, en el nombre del Señor, que todo lo ve. Hijo mío —me recetó—, ahora reza cinco avemarías y dos padrenuestros... *Ego te absolvo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—Amén —respondí. Y me fui a hacer que cumplía mi penitencia, pues no recé ni un padrenuestro y solo un avemaría fervoroso, ya que, si mi madre respetaba a la Virgen, yo también.

Yo de mayor quería estudiar como Dios manda, en la capital, claro está, y lo conseguí con la ayuda de mi madre, sobre todo. Un bandolero es aquel que se tira a la sierra para robar a los viajeros. Nuestro alumno-bandolero usurpa a la sociedad algo que le tendría que devolver y que nunca le devolverá. Le roba porque no adquiere la cultura y los conocimientos que esta le ofrece, se trata

de un robo que se practica por omisión. La gran mayoría de nuestros alumnos ignoran la cultura y el adquirir conocimientos, y para mí esto siempre ha sido algo inconcebible, como profesor o como persona a secas, quizá porque una noche con nueve, a lo sumo diez años, grité puesto de rodillas sobre mi cama: «¡Yo quiero estudiar!».

En los pueblos decíamos escuela, nunca colegio, igual que llamábamos a nuestros progenitores padre y madre en vez de papá y mamá, muchas veces con el determinante posesivo «mi» delante.

Recuerdo el año que fui un lumbrera en la escuela, lo que no recuerdo es por qué estaba en quinto curso yo solo. «Quinto», decía el maestro. Yo me acercaba a su mesa y frente a él recitaba la lección de «pe a pa», y lo mismo daba que me empezara preguntando por el final, por el medio o por el inicio, me sabía todo y de todas las materias. Causaba admiración en toda la escuela, pero sobre todo en el maestro, don José María Bollo Codesal. Este compraba la leche de su desayuno en mi arca de Noé, en cuya cuadra teníamos una vaca lechera portentosa, a la que, en dos fases o sesiones, le ordeñaba mi madre nunca menos de veinticinco litros al día; si bien cuando paría superaba con creces los treinta y cinco durante mucho tiempo. Mi familia poseía una vaca lechera que era una mina de oro.

Era la mujer del maestro quien iba a buscar la leche habitualmente, pero uno de esos raros días en los que fue él, este llevaba con la lechera de la mano otra intención: la de comunicarle a mis padres que no había tenido un alumno tan dotado como yo en toda su vida de docencia, y, debido a eso, les aconsejaba que me pusieran a estudiar. Yo escuché aquella conversación desde mi cama aquel sábado por la mañana de un día soleado de abril. Si la felicidad existe, se tiene que parecer mucho a lo que yo sentí durante mucho tiempo después, a raíz de lo que le dijo el maestro a mi madre. También recuerdo nítidamente de aquella mañana armoniosa, caudal e imborrable, el sonido divino de la leche del cuartillo vertiéndose en la lechera, y percibo aquella pequeña cascada blanca y finita, siempre cayendo, eternamente cayendo en la



lechera... como uno de los recuerdos más placenteros de mi vida.

En algún sitio está escrito que hay manantiales de leche y miel. Seguro que eso lo he leído en la Biblia, pero no recuerdo si referido al edén o a la tierra prometida. Supongo que ese relato de abundancia se debe referir al paraíso, pues camino de la segunda, en su gran diáspora, los hebreos se alimentaron una temporada de maná, una especie (siempre me lo he imaginado así) de polvo de coco blanco que hacía llover Yahvé. La idea de lluvia milagrosa tiene su versión moderna en una canción del dominicano Juan Luis Guerra, quien en forma de deseo propone que «¡ojalá que llueva café en el campo!».

La verdad es que de aquel «estudiarás» que me respondió mi madre, nunca discerní con claridad si se refería a que lo haría en la capital como Dios manda, o si bien se refiriera al día siguiente, que necesariamente estudiaría en la escuela de mi pueblo como todos los días. Ahora pienso que había bastante de lo primero. Yo entonces asimilaba y vivía con lo que me causaba más placer y se acomodaba más a mi imaginación desbordante, por eso discerní lo primero, que era lo que más acorde estaba con mis intereses, aunque ella se refiriera a lo segundo. Alguna vez le he preguntado si se acordaba de aquella noche y sus pormenores y, aunque nunca fue capaz de referir el diálogo concreto ni tampoco su contenido específico, sí recuerda que habló conmigo a través de las paredes que separaban nuestras habitaciones. Mi habitación, en realidad, no se llamaba habitación, se llamaba cuarto. Lo que sí tengo muy claro, ahora que ella no está (debido a que la asesinaron unos médicos del mismo modo que Franco asesinó la libertad, es decir, usando la traición) es que, como luego me demostraría, mi madre se inclinó con todas sus fuerzas y sin titubeos hacia el lado de lo primero.

El asesinato de mi madre lo relataré a lo largo de esta sesgada autobiografía novelada; ahora no puedo, porque está muy cerca su muerte y se me saltarían las lágrimas como se me están saltando en estos momentos. De modo que no me permitirían objetivar el relato del conjunto o el conjunto del relato, o eso que se llama

coherencia y cohesión textuales, porque abriría una ruptura o una elegía terrible, o quizá un despropósito en el que condenaría a toda la humanidad al infierno. O no distinguiera una línea meridiana entre esos medicuchos o anticristos de la medicina que la asesinaron por simple dejadez profesional y los que de verdad cumplen con su obligación.

Estoy convencido de que toda la literatura española, la buena y la mediocre, es consecuencia del dinero, de lo que ahora se llama alto poder adquisitivo. Nacer en una familia con posibilidades económicas siempre da de manera real la oportunidad de ser un genio, pues permite el acceso a la universidad y a la cultura con mayúsculas. Estoy seguro de que, si el padre de Pablos, que metía en los bolsillos de los otros, a través de la indiscutible genialidad de Quevedo, el dos de bastos para sacar el as de oros, hubiera nacido en el seno de la familia del gran autor y este en la de Pablos, nos hubiéramos quedado sin los versos inigualables y sin algunas de las páginas narrativas más grandes de nuestra literatura, pero también la sociedad se hubiera librado del delincuente que fue el padre de Pablos, e incluso de Pablos mismo, quien seguramente hubiera sido un don nadie, pero un don nadie rico. De todas formas, es tontería pensar en Pablos como una persona de la vida corriente, y más tontería es que lo piense quien ya ha estudiado como Dios manda precisamente el concepto de personaje; figura que pertenece al mundo literario, es inventado y nunca de carne y hueso. Yo, mismamente, soy personaje y narrador, pero no una persona, no te confundas, lector. Sin embargo, te ruego que creas en la realidad que lees.

El formalismo ruso estudia la literariedad de una obra en cuanto obra en sí misma, en cuanto expresión estética que adopta una forma determinada, lo que no está nada mal. Pero, si junto a esa manera de estudiar la obra literaria se hablara de la ascendencia económica de la inmensa mayoría de los que hoy consideramos monstruos sagrados de la literatura, veríamos que sus padres no forman parte de la masa obrera de *Germinal* y sí de los personajes

burgueses de *Madame Bovary*. Nos daríamos cuenta entonces de que un García Lorca o un Flaubert son producto de las posibilidades que da el dinero. Pero ya he indicado que uno es escritor o poeta no porque tenga esta o aquella determinada formación cultural, que da siempre, y en todo caso, el que hace de piedras pan sin ser el Dios verdadero. Uno es escritor o poeta porque es capaz de llenar un folio en blanco con una determinada coherencia estética que escruta el alma humana y, lo que es más importante, porque además es capaz de dotar a la página de una sustancia misteriosa que le otorgan las musas del Parnaso. Y esto último ya no es tan explicable, porque ese espíritu creador que defendieron y practicaron como nadie los románticos es un don de algunos elegidos y no de todos. En ciernes, genios lo somos todos; eso sí, tienen más posibilidades los del dinero, pero todos son los llamados a la mesa de Apolo y muy pocos los que merecen cenar con él. Si fuera la genialidad un don común, solo habría que darle una patada a una piedra, como le daba yo puntapiés a mis cantos del pecado, y saldría un genio; o sea, tendríamos «Balzacs» y «Valles Inclanes» en todas partes, a lo que yo no me opondría si fuera posible. Mi firma figuraría en primer lugar si existiera la más mínima probabilidad.

De todas formas, el verso más hermoso y profundo para mí, dentro de su aparente sencillez, lo escribió Antonio Machado, se supone que pocos días antes de morir. Es todo un poema recogido en un solo verso alejandrino que, según la película, y antes el libro de Cercas *Soldados de Salamina*, alguien encontró en un bolsillo de la chaqueta del cadáver de don Antonio: «Estos días azules, y este sol de la infancia...».

Días azules y sol de infancia feliz era lo que yo viví y sentí hasta bien entrados los doce años, ya que en sexto curso adiviné que no iba a ir a estudiar como Dios manda a la capital. Mis padres no podían permitirse ese lujo. Yo soy el tercero de cuatro hermanos. Mi madre me prometió que, cuando terminara la escuela, con catorce años, me pondría a estudiar como a mis otros dos hermanos mayores. Mi hermano mayor, Lucio, me saca ocho años y estudió

maestría industrial a base de becas. Lucio es inteligente, noble y trabajador como pocos. Hoy día es profesor en Ávila. Mi hermana Sofía me saca seis años; estudió Magisterio y posteriormente Filología Hispánica. Es también profesora.

Mi hermana pequeña, Aitana, y yo vinimos a este mundo porque nuestros padres se confundieron y porque entonces no había medidas anticonceptivas adecuadas, pero, de todas formas, fuimos muy bien aceptados y nunca nos faltó el cariño que hace que una familia sea eso, una familia, ¡una familia feliz!, o al menos yo tenía la impresión de que era así hasta que la desgracia comenzó a rondar nuestra casa en forma de tragedia imparable. El infortunio llegó pronto y aquel eufórico «¡yo quiero estudiar!» se convirtió en un «¡yo quiero morirme!» trágico y cruel. Nadie que tenga como modelo perfecto a su padre y lo vea caer poco a poco como un roble talado, absorbido, colapsado, destruido por la enfermedad y la impotencia, sale indemne sin un corte profundo en el alma, corte que pervive durante toda la vida. Si tienes catorce años y ves cómo se rompen todos tus sueños, quieres morirte. Yo, entonces, con catorce años, pensaba en el suicidio como otros niños pensaban en las cosas más cotidianas y normales. Recuerdo que, en aquel tiempo turbulento, padecía un dolor de ojos insoportable, como si me doliera mirar la vida y las cosas que me rodeaban.

Me hice adulto de repente, comiéndome de un trago la adolescencia, en la que vivía muy feliz, aunque comenzaran a alborotarse seriamente mis hormonas. Todo comenzó a desmoronarse y a hacerse añicos una hermosa tarde de septiembre del año 1972. Incrustada tengo en mi cerebro aquella agradable tarde de verano en que cayó enfermo mi padre. Yo estaba en una era del otro lado del arroyo, casi enfrente del cementerio, encalcando paja en un remolque con teleras para un tío mío. Vi a mi padre a lo lejos en el prado, entre las junqueras de la Alameda del Plantío; por allí andaba él cuidando las tres vacas lecheras que ya teníamos entonces. Las vacas pastaban plácidas la otoñada entre los juncos. Era una tarde azul, machadiana, feliz y añorada, que irradiaba un sol de infancia

que hacía brotar magia y belleza en el ambiente. El colorido que proyectaba el sol en todo ya era muy importante entonces para mí como visión poética de la vida. Mi padre me dio de mano levantando el palo con el que pastoreaba los animales. Yo le correspondí el saludo moviendo alegre, como aspas, las dos manos. Luego, continué encalcando el remolque de paja trillada que me «briendaba» Juli, un tío mío al que siempre he apreciado mucho. Por la noche, cuando llegué a casa, ya era la hora de la cena. Me senté a la camilla y, al notar la ausencia de mi padre, pregunté:

—¿Y mi padre?

—En la cama. No se encuentra bien —me respondió mi madre.

Siempre se sentaba mi padre a la mesa a cenar y me gastaba alguna broma que me hacía reír. Nunca se volvió a encontrar bien desde aquel día de la era; ni yo tampoco. No fui consciente en ese momento a la mesa, aquella noche, del sufrimiento tan atroz que me esperaba, de lo cruel que puede llegar a ser la vida y de la fina frontera que separa la felicidad de la angustia vital.

Igual que hay niños explotados que no tienen niñez, a los que se les priva de forma abyecta del juego, yo, aunque no fui un adolescente explotado, me quedé de repente sin adolescencia y sin niñez. Había que realizar las faenas del campo porque la enfermedad no se lo permitía hacer a mi padre y, para realizarlas, se necesitaba ser un hombre hecho y derecho. El espectáculo tenía que continuar. El espectáculo de fraguar el saber de todo el cuerpo en la oficina del estómago debía continuar, pero yo era un actor secundario, de reparto, que de la noche a la mañana se había convertido en actor principal sin estar preparado para ello.

La primavera de aquel año, unos seis meses antes de caer enfermo, mi padre había comprado a plazos un tractor llamado Massey Ferguson de cuarenta y cinco caballos de potencia. Recuerdo que, a la salida de la escuela por la tarde, aquella primavera, le preguntaba a mi madre en qué tierra del término se encontraba abarbecando mi padre con el nuevísimo y fascinante tractor. No me importaba que la distancia fuera de seis kilómetros, como ocurrió

la tarde de la tierra de La Veguita, pues fueran los que fueran, los hacía corriendo sin parar y sin cansarme. Tal era la ilusión que tenía por llegar al tractor. Esto ocurría solo unos meses antes de entrar en el infierno e ir perdiendo poco a poco toda esperanza. Aquella tarde de La Veguita fue maravillosa y excitante: ¡mi padre me permitió dar una vuelta a vertedera con el tractor! Mientras el Massey Ferguson avanzaba y las vertederas rasgaban desplazando la tierra, yo viví una ensoñación paradisiaca. Según conducía mi carro alado, cual auriga tocado por los dioses, sentía de manera más vívida que antes el olor de la tierra fresca removida y despertada para la vida y el pan, y todavía, entre tantas sensaciones placenteras, me restaba tiempo para observar a los grajos, que me parecían aves sagradas y amigas de mi edén particular, aunque en realidad lo que hacían era comerse las lombrices de tierra y otros bichos apetitosos que las vertederas ponían al descubierto. En la mesa de la Madre Tierra, sus comensales no desperdician nunca los alimentos, porque siempre hay algún ser que sabe sacarles partido y los reelabora como es debido en la oficina del estómago. En aquellos tiempos, el estómago era casi el único cerebro que había, y, cuanto más y mejor abastecido estuviera en el españolito el estómago, más desarrollo adquiriría su cerebro. No sé por qué, pero cuando pienso en aquellos tiempos, siempre me acuerdo de estos versos de León Felipe, que reivindican el pan eterno del espíritu:

Tuya es la hacienda...  
la casa, el caballo y la pistola...  
Mía es la voz antigua de la tierra.  
Tú te quedas con todo  
y me dejas desnudo y errante por el mundo...  
mas yo te dejo mudo... ¡mudo...!  
¿Y cómo vas a recoger el trigo  
y a alimentar el fuego  
si yo me llevo la canción?